

Para Elisa

Los aporreos de Pablito sonaban esta vez especialmente molestos. Quién iba a decirle a Elisa que su concentración legendaria se vería afectada de una manera tan cruel.

Siempre fue una buena estudiante, incluso cuando el edificio de al lado se estaba construyendo y la maquinaria pesada empleada para la cimentación hacía estremecer hasta las conciencias. Le siguieron meses y meses de intensas obras con ruidos diversos. Como si eso no bastara, la cuadrilla encargada del hormigonado estaba formada en su mayoría por trabajadores portugueses que no se distinguían precisamente por su discreción al comunicarse entre ellos. Llamaban a gritos unos por otros, se hacían bromas en voz alta, se cabreaban a menudo y vivían en un griterío constante.

Trabajaban sin descanso en jornadas interminables y, por si fuera poco, dos sábados de cada mes lo hacían hasta las siete de la tarde. Toda una locura que la niña Elisa supo sobrellevar perfectamente mientras preparaba su carrera universitaria.

Poco después de inaugurado ese edificio, en una decisión incomprensible del ayuntamiento, fue autorizado un taller mecánico en la planta baja del edificio de enfrente. Esto hizo que el nivel de ruido fuese, en ocasiones, algo molesto para el vecindario cercano.

La chica disponía normalmente de la rara cualidad de discernir entre varios tipos de ruido. Podía abstraerse tranquilamente de los que no eran necesarios y solo escuchaba lo que le interesaba: las voces de su casa o la música ambiental. Pasó así muchas horas sin verse afectada por todos esos inconvenientes. En general, sus calificaciones académicas fueron buenas, por lo que se licenció sin problemas en Diplomatura de Turismo, con especialidades en azafata de congresos y azafata de vuelo. Ahora trataba de asimilar en pocos días una documentación referida a la complicada normativa interna de la compañía Air Business, en la que esperaba comenzar a trabajar en breve si la seleccionaban.

No sabía si el repentino interés de Pablito por el piano había que considerarlo un regalo del cielo o simplemente una putada más de las que asolaban el barrio constantemente. Al niño se le notaban ganas en su nueva afición, pero ella no tenía la cabeza en ese momento para un estudiante de primer año.

La causa de su falta de paz interior estaba en otra parte. Hasta el mes anterior, su seguridad emocional no se había visto comprometida. Quería con locura a su novio y estaba casi segura de que él también la quería —o, al menos, se lo decía a menudo—. Sin embargo, su seguridad no era absoluta. La lagarta de Vanessa Távora revoloteaba cual mariposa en torno a su novio cada vez que tenía ocasión, importándole poco que ella estuviera delante.

«Pelirroja de pacotilla —pensó—. Ja, esa pija seguro que se gasta un pastón mensual en teñirse el pelo. Claro, como puede ir a los mejores salones de belleza...»

TIN TON-TÍN TON-TÍN TON-TIN TON-TAAAAANNNGGRRR...

La última nota sonaba desafinada, para más inri. Elisa se preguntaba por qué precisamente la bagatela de Beethoven “Para Elisa” era lo primero que tocaba cualquier principiante. ¿Por su melodía pegadiza? ¿Por pura costumbre? ¿Acaso por ser más difícil de lo que aparenta?

En tan duros momentos, la pieza le sonaba a broma pesada.

—Nada menos que para Elisa, para mí —murmuró—. Joder con el niño. Dale que te pego un par de horas todos los días.

Después de la merienda llamó a Carlos por el móvil, olvidando intencionadamente mencionar su preocupación por la “Vane”.

—Hola, morenito guapo. Es viernes, ¿tienes planes para esta noche? He pensado que podemos ir al Zona Siete. Vendrán Julio, Carmen, Dani, Estela... y adivina quién más.

—¿Sergio?

—No, Sergio no. ¡Vendrán los gemelos “Arándano”! Me hace ilusión verles a todos.

—Vale.

—A las diez paso por tu casa... ¿Qué? ¡No, en la mía, por supuesto! No sabes pasar sin tus dos cubatas de Jhony, ni quiero que conduzcas en ese estado.

—Sí, sí, ya sé que controlas un montón, pero prefiero estar segura.

—Vale, bien. Quedamos en eso... ¿Sí? Claro... Ah, por cierto, ¿aún tienes el jersey de punto?

—Pues no lo detestes. Tu madre lo hizo con todo el cariño, y sabes que me gusta mucho vértelo puesto.

—Vale, corazón. Besitos tiernos...

—Que sí, no te preocupes, llevaré el body puesto. ¡Ay, qué hombre! ¿Cuánto tengo que hacer para que te pongas el dichoso jersey?

—Chao.

El Zona Siete era de los primeros pubs en congregar ambiente de coqueteo. Estaba en la zona vieja, junto a otros muchos locales de diversión. Últimamente era el lugar de moda para las reuniones informales de antiguos universitarios. A las once llegó la feliz pareja y se encontraron con Dani y Estela. Poco a poco fueron llegando los otros miembros del grupo, excepto los gemelos.

Charlaron y bebieron alegremente, se hicieron bromas, contaron sus proyectos, hicieron confidencias y hasta pusieron a parir a medio género humano con los cotilleos habituales.

Poco antes de las doce llegaron los “Arándano”. En realidad, Aranda era su apellido, pero algún listillo los había bautizado de ese modo por su afición a los frutos silvestres. No venían solos: con ellos estaba Vanessa, pija irreverentemente estirada, que dejaba tras de sí un rastro insoportable a perfume de diseño.

Elisa vio pasar delante de sus ojos un nubarrón negro cargado de tormenta mientras la Távora contoneaba el culo con salero de modelito.

—¿Pero qué hace este pendón aquí? —preguntó Elisa al oído de Carmen—. Me sale hasta en la sopa desde hace un mes.

—Se lleva a partir un piñón con Sebas y Moy.

—Es que los gemelos se llevan bien con cuanto pija hay en la city. Tienen labia y saben aparentar. Pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que esta tipa anda detrás de Carlos y los ha convencido para que la trajeran “por casualidad”.

—No es por asustarte, pero a Vanessa la llaman la quitanovios. El año pasado anduvo detrás de Rober cuando estaba medio enrollado con Silvia y casi lo consigue. Los tíos ven un culo bonito y se les cae la baba.

—Perdona, rica, pero ese pendejo lo que se dice un culo bonito no tiene. Mírala bien: está flaca y raspada. ¿Dónde pueden verle ellos el atractivo? ¿En el dinero o en el BMW de doscientos caballos? Otra cosa no le veo. Es como una Barbie: todo apariencia y cerebro de mosquito.

—Pues ese cerebro de mosquito se ha licenciado en Biología Molecular y hasta tiene un máster de no-sé-qué por la Universidad de Wisconsin. Ahí es nada: pija, sí; tonta, no.

—No me deprimas más, por favor. Estoy que muerdo. Como vuelva a acercársele, va a saber cuántas son cuatro.

Una hora después, el grupo discutía a qué discoteca ir. Carmen propuso bailar salsa en la Gosadera, donde los viernes por la noche tocaba una orquesta de son cubano. Moy optó por el Anubis, local ambientado en el antiguo Egipto, y Dani habló de pasar por El Manco, en el número 7 de la calle Lepanto.

—Esta noche tienen como estrella invitada a Tony McCulogh, un DJ que lo flipas. Este verano causó furor en la costa valenciana. Lo vimos la semana pasada en el Olimpia y quedamos alucinados. ¿Verdad, Estela?

—Sí, es buenísimo. Os gustará —contestó Estela, convencida de que a los demás también les sorprendería.

—Pues no se hable más: ¡para El Manco de Lepanto, todo el mundo!

Fueron a recoger los coches a la plazoleta cercana. Si fuese de día, ya se los habría llevado la grúa municipal por aparcar de cualquier manera: con las ruedas encima del bordillo, invadiendo un paso de cebra y obstaculizando la entrada a dos garajes. Así se aparcaba los fines de semana en las callejuelas históricas: sin orden ni concierto alguno.

Mientras caminaban, Carmen y Elisa quedaron un poco rezagadas, despotricando. Los demás apuraron el paso para sacudirse el frío. Las últimas en doblar la esquina fueron las dos amigas

cotillas. A Elisa le hirvió la sangre cuando vio a la arpía de Vanessa hablando con Carlos junto a su coche. Sonreía mucho y apoyaba con descaro su mano en la cintura de él, con una confianza aterradora.

—¡Esto ya es el colmo! Oye tú, pendón: ¿quieres sacar la mano de encima de mi novio? ¿Qué confianzas son esas? ¿Te crees Sharon Stone? ¡Suéltalo ya!

—No te pongas así, Eli. Solo estábamos charlando entre amigos, ¿verdad, Carlos?

Elisa, muy enfurecida, le contestó que solo su madre la llamaba “Eli”. Sin contenerse más, se lanzó como una tigresa a por la melena pelirroja de Vanessa.

Desde un tugurio cercano alguien gritó:

—¡¡¡Que flipe! ¡Ahí fuera hay dos pavas que se están currando de lo lindo! ¡Hostia va, hostia viene! ¡Esto hay que verlo!!!

Antes de que el resto de la panda reaccionara para separar a las dos contendientes, la plazoleta ya se había abarrotado de gente curiosa. Elisa tiraba con fuerza de los pelos de Vanessa, y esta intentaba arañarle la cara. Golpes no hubo. Tampoco sus amigos les dieron tiempo a que la sangre llegara al río: las separaron enseguida. A Vane se le cayó el bolso, y Eli aprovechó para patearlo, rompiendo así el frasco de perfume —de setenta euros la gota— y esparciendo una esencia asfixiante por toda la zona vieja.

Carlos corrió enseguida a consolar a su novia, pero ella no deseaba ahora sus consuelos.

—Me voy para casa —dijo tajante—. Vete con quien te dé la gana. Para mí, la noche ya se terminó. Entró en su coche y arrancó el motor. Carlos todavía trató de hacerla razonar, pero ella bajó la ventanilla y dijo, muy solemne:

—Ojalá entiendas que la persona es efímera.

—No puedo con tus acertijos. ¿Por qué tienes que ser siempre tan enigmática?

—Vete a la mierda. Adiós.

Y acto seguido se fue, sin darse cuenta de que llevaba las luces apagadas.

Paró junto a un parque para arreglarse un poco, y lo que vio en el espejo no le hizo ni pizca de gracia: un araño le recorría la cara desde debajo del ojo hasta la barbilla. ¡Una nohcecita de ensueño!

Dos calles más abajo de la suya, paró en la cafetería Sanasana y pidió una tila. Le hacía falta.

El resto del fin de semana se lo pasó en casa entre estudios, lectura y varias llamadas a su novio, que culminaron con un encuentro el domingo por la tarde en la misma cafetería donde se tomara la tila. Resultó muy complicado aplacar las iras de la niña, que tildó a su novio de capullo para arriba. Él se explicó y se explicó en cuanto ella le dio algún respiro. Finalmente hicieron las paces, pero como en el Parlamento: con cientos de resoluciones y enmiendas. Entre ellas, la firme promesa de no acercarse a menos de quinientos metros de la impresentable María Vanessa Távora y Pérez de Picalaz —La Pijalaz—.

¡¡¡BAJO PENA DE EXCOMUNIÓN EN ESTA Y EN LA OTRA VIDA!!!

—¿¿¿Enterado???

—Pues quedas avisado.

A la vuelta del mercado, la madre de Elisa se encontró con la vecina del 4º B en el portal. Se saludaron.

—Buenos días, Concha.

—Hola, Irene.

Irene preguntó a la vecina si su hijo estaba en el conservatorio.

—¡Qué va! Todavía no ha cumplido los seis años. De momento va a clases particulares. El profesor nos dice que tiene buena actitud para la música.

—Listo es —respondió Irene—. Y preguntó: ¿El piano os salió muy caro?

—La verdad es que no mucho. El profesor nos recomendó uno de segunda mano a buen precio. Es lo normal en estos casos: aún no se sabe si el niño seguirá o no con esa afición, por eso hay que ir poco a poco.

—Me alegro por Pablito. Sabemos que puede hacer grandes cosas. Pero mira... ¿los pianos no suelen llevar unos pedales para que el sonido salga mucho más suave? Es que queda justo encima de la habitación de mi Elisa, y a la pobre no la veo muy animada últimamente.

—Es muy pequeño aún para llegarle a los pedales, mujer. Tiene que estirarse demasiado y de esa manera no toca cómodo. Cuando llegue Fernando a comer, le diré de buscar una solución para que no os moleste tanto. ¡Huy, qué tarde se me hace! Hay que subir a preparar la comida.

—Hasta luego. Ya hablaremos.

—Tenemos que pensar en algo, Eli. Así no podemos estar. Tampoco yo me concentro en el ordenador. Vaya ruina. Salgo a dar un paseo a ver si me despejo un poco y se me ocurre alguna cosa, porque a los de arriba no se les ve intención de arreglar el asunto.

Al cabo de dos horas, Irene llegó a casa con algo muy pesado dentro del bolso. Lo dejó caer sobre la mesa de la cocina.

—¡Ay, ay, ay, ay, ay! ¡Mis cervicaaaaaaleeeesss! ¡Cómo pesa el condenado!

—¿Qué traes ahí, mamá, que pesa tanto?

—La solución a nuestro problema.

—¿Eso es un pedrusco? ¿De dónde lo has sacado?

—Es un adoquín. Lo cogí del suelo en unas obras de la calle Sagasta. Creo que están instalando la fibra óptica; han puesto la calle patas arriba. Se lo llevaremos a Concha para que lo ponga encima del pedal del dichoso piano a ver si vale.

—¿Crees que Concha va a querer esa piedra en su casa? Parece mentira que no la conozcas bien.

—Tienes razón, hija. Otra cosa no tendrá ella, pero en cuanto a limpieza no le gana nadie en el edificio. Se puede hasta comer en el suelo de esa casa. La lavaré primero, y ya verás como tiene mejor pinta.

—Aunque la vistas de seda, mamá, jamás osará descomponer la pulcritud de su piso con un adefesio semejante.

—Pues vamos listas. O se nos ocurre algo, o tendremos sonata hasta en el retrete.

—Ya la tenemos, mamá.

—Cierto. Ya la tenemos.

A Elisa le llegó la revelación en la cama, al poco de apagar la luz.

—¡Mamaaaaa!

—¿Quéééééé?

—¡Tengo la solución a lo del adoquín!

Irene, que estaba chateando por internet, disculpó a su interlocutora y fue a la habitación de Elisa a enterarse bien.

—¿Cómo hacemos?

—El saquito de Papá Noel, el del muñeco de Navidad.

—Ummm... puede valer. Creo que está arriba, en el trastero, con los otros adornos navideños. Lo puse todo junto en una caja, en el segundo estante. Mañana lo vemos. Buenas noches, Eli.

—Buenas noches, mamá.

Cepillaron con cuidado el saquito por si pudieran quedar rastros perniciosos de mugre, metieron trabajosamente la piedra dentro, le hicieron un nudo bonito y salió Elisa a cumplir con su misión escaleras arriba. Por la mitad del trayecto volvió a casa a cambiarse de calzado: no deseaba que a la vecina del 4º le diera un soponcio ante la sola insinuación de una ralladura en el parquet. Se calzó las zapatillas de conejito.

Diiiiiiiiiiiiiiii... Dooooonnnnnnnnnnn...

Sonó el timbre, y Concha fue a abrir.

—¡Hola, Elisa! Buenos días. Pero... ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Ese arañazo?

—Umm... fue una perra... la perrita de unos amigos. Es que es muy cariñosa, ¿sabes? Demasiado cariñosa, y en cuanto coge confianzas se lanza mucho.

—Te habrás desinfectado bien.

—Sí, sí, sin fallo. Aunque los veterinarios dicen que en España no hay rabia, yo creo que alguna queda. Me gasté el frasco de agua oxigenada por si acaso.

La vecina pensó: «Pero qué mal miente esta niña. ¿Se enterará algún día de que en el barrio de Miraflores las noticias no corren, sino que vuelan?»

Concha aceptó de mala gana la solución propuesta por sus vecinas del 3º B. No podía negarse a atender sus demandas, ya que muchas veces recurría a ellas para pedirles pequeños favores. La relación entre las dos familias siempre fue cordial, y le sabía mal que los demás tuvieran que aguantar las buenas intenciones de su hijo.

Primero probaron a colocar el adoquín directamente sobre los dos pedales del piano. Tocarón una tecla y no emitió sonido alguno. Después probaron con el pedal izquierdo, pero aparte de mantener el mismo volumen, las notas se alargaban una eternidad. Lo colocaron sobre el pedal derecho y tampoco sonaron las notas.

—Creo que si baja tanto el pedal se apaga todo el sonido —dijo Concha—. Este pedrusco pesa demasiado. Hay que colocar algo debajo para que baje solo lo justo.

Le pasó a Elisa un puzzle de madera de cuando Pablito tenía tres años, y después colocó una alfombrilla para prevenir cualquier catástrofe en sus brillos impolutos. Elisa amontonó varias piezas del puzzle debajo del pedal y fue probando teclas hasta que el sonido salió a poco volumen.

—Perfecto.

—¡Ay, niña! Eso queda horrible en la habitación. Me da como cosa verlo. No sé... si se pudiera poner algo menos cantoso. ¡Jesús, qué horror!

—Bueno, mujer, piensa en mí, anda. Sabrás encontrar algo que nos satisfaga a todos. En casa te estaremos agradecidos.

—Pues tenemos que buscarla con urgencia. Ese montón de cachivaches me pone enferma. Cuando llegue Pablito del colegio, que se siente al piano para probar la eficacia de vuestro invento, y después que Fernando me diga qué podemos hacer. ¡Me va a dar arrrrrgooooo...!

—¿Cómo te fue arriba? Cuenta.

—Tenías que verla sudando tinta china ante aquella visión escultórica debajo del piano. ¡Hasta lo cubrió con un paño de ganchillo y aun así no quedó satisfecha!

Madre e hija rieron como tontas durante un buen rato, bromearon con el celo casi patológico de la vecina en su guerra santa contra los microbios.

—El caso es que ya no suena tanto. Nos dará un respiro.

—Para alegrarse por algo, mamá, levanta ese ánimo.

El miércoles, el asunto tomó un giro inesperado. Elisa llegó a casa antes del mediodía de realizar unas gestiones y se llevó la sorpresa.

—¡Qué bien suena ahora, mamá! Seguro que no es Pablito el que está tocando.

—Esta mañana vino un señor mayor a casa de Concha. Estuvo un buen rato afinando el piano, y ahora lo está probando. Suena como a marcha húngara. ¿De quién será? —preguntó la niña.
—Está tocando la Marcha Radetzky de Johann Strauss padre.
—¿El de los vales famosos, como El Danubio Azul?
—No, el padre de Johann y Richard. Los Strauss famosos fueron tres.

Después, el afinador tocó la obra que traía de cabeza al vecindario: “Para Elisa”. Sonó con igual virtuosismo que la anterior, con todos sus acordes en una interpretación bárbara que recordaba a los concertistas de verdad.

Elisa se preguntó en voz alta:

—¿Llegará Pablito a ser tan bueno algún día?

Su madre le respondió que de ese renacuajo cabía esperar cualquier cosa, pues ya había dado muestras sobradas de ser un superdotado.

Por la tarde llegó Concha con el saquito de Papá Noel planchado y cepillado otra vez. Les contó quién era el anciano afinador de pianos:

—Sí, mujer, sí: Olegario Sanromán. Fue pianista hasta que se jubiló en la Orquesta Filarmónica. Ahora hace trabajillos a domicilio. Tiene unas manos de oro y un oído muy fino, y eso que ya ha cumplido los setenta y dos años. ¿Sabes la cantidad de encargos que tiene? Tuvimos que esperar mucho a que nos atendiera. Lo mejor es que nos solucionó el problema de los pedales con unos suplementos que tenía de su nieto. Una maravilla de profesional, y tan arregladito de precio... una maravilla. Pues nada más: gracias por todo y perdonad las molestias.
—Nada, mujer. Las cosas hablando se entienden.

Antes de irse, Concha recordó otra cosa:

—Ah, Irene... ¿puedes decirme dónde encontraste ese adoquín? Verás, estuve pensando en conseguir otro para poner la jardinera más alta, porque acumula mucha tierra debajo al regar las plantas. Si la tengo en alto, podré pasar un paño por debajo. ¿Vamos las dos y traemos unos cuantos en el coche?

Los días transcurrieron tranquilos desde entonces. La niña pudo concentrarse en sus lecturas. Todavía le quedaba por comerse la mitad de aquel tostón de normas de Air Business. Los apartados entre el 42 y el 49, referidos al aspecto físico del personal, le parecieron cuando menos anticonstitucionales o discriminatorios. ¿Es que solo contrataban azafatas rubias de ojos azules y medidas proporcionadas? Que la compañía fuera nórdica no implicaba que no pudieran contratar personal en países donde operaban... ¿o sí?

En el apartado 46 se especificaba con instrucciones precisas cómo debía ser la ropa interior; en el 47, el color de uñas; en el 48, los niveles de sarro permisibles en la dentadura, etc.

«Tengo menos posibilidades que el Jerez de ganar la Champions League —pensó—, pero al menos moral no me falta».

Sí, un hecho le causó especial paz interior: el pendón de la Pijalaz se marchaba a Toronto a cursar otro de sus doctorados. Estaría fuera hasta el verano. Con su principal pesadilla fuera del país, las cosas no podían ir mal.

Dejó a un lado las tediosas fotocopias de la Business y fue a la estantería a por su libro de chorradas favorito: Metafísicas del cojón izquierdo, por un tal Atilano Tepika, catedrático numerario de

Morrología Aplicada. Un compendio de las mayores chorradas dichas nunca, recopiladas con mimo por este gran pensador. Lo rescató de un saldo en la feria del libro junto con otros tres títulos que se propondría leer “cuando sea mayor”.

Un nuevo ruido perturbó su karma. Salió al balcón para comprobar la procedencia. Parecía un martillo neumático rompiendo la calle a la altura del número 1.

—¿Has visto eso? —llamó a Irene—. Parecen obras.

—Si eran ciertos los comentarios de la semana pasada, aún tienen que renovar la traída de aguas, colocar la tubería de gas natural, la fibra óptica y la ampliación de la red de pluviales. Pronto pasarán por nuestro portal. Dios nos coja confesados.

—Sí, es que en este país se planifican las obras con el culo. Primero se asfalta y después se levanta las veces que sean necesarias. ¡Halaaa! A gastar se ha dicho.

—¡Qué razón llevas, hija! Pero qué razón...

Mientras el martillo neumático retumbaba en la calle, Elisa abrió su libro de chorradas y sonrió. «Al menos ahora suena como debe —pensó—. Ojalá mi vida también tuviera un afinador que pusiera las cosas en su sitio».

Personajes principales:

Elisa: Protagonista del relato. Joven de 23 años, recién licenciada en Turismo, en busca de su primer empleo en el sector aéreo. Apasionada, celosa, sentimental y con una lengua afilada que no perdona hipocresías. Vive en el 3º B del número 29 de la calle Fragancias, en el barrio de Miraflores.

Pablito: Niño de cinco años, vecino de Elisa. Aficionado al piano, al patinaje, a los cuentos de princesas y a las piruletas de colores. Destaca por una constancia poco habitual en su edad y por una prometedora sensibilidad musical.

Carlos: Novio de Elisa. Enamorado, paciente y algo indulgente. Sueña con vivir junto a ella, aunque su buen carácter lo convierte en blanco fácil de las artimañas ajenas.

María Vanessa Távora y Pérez de Picalaz (alias La Pijalaz, la quitanovios, la arpía o simplemente el pendón): Mujer atractiva, ambiciosa y con una inclinación irresistible hacia lo ajeno —especialmente si lleva anillo de compromiso. Licenciada en Biología Molecular, con máster en Wisconsin, y una habilidad innata para sembrar celos sin mover un dedo.

Irene: Madre de Elisa. Práctica, ingeniosa y protectora. Aficionada a los foros de internet y a soluciones caseras que rozan lo surrealista. Siempre dispuesta a defender a su hija, incluso con un adoquín en el bolso.

Concha: Madre de Pablito. Mujer pulcra hasta lo obsesivo. En su casa, el suelo brilla con tal intensidad que se podría realizar una operación quirúrgica sin riesgo de infección. Aunque su sentido del orden choca con el caos vecinal, su corazón es generoso.

Fernando: Marido de Concha. Figura tranquila y resolutiva, aparece en segundo plano, pero siempre listo para mediar.

Sebas y Moy Aranda (Los Arándano): Gemelos extrovertidos, bien relacionados y maestros del disfraz identitario. Su parecido es tan asombroso que a menudo se les tilda de “repetidos”. Gustan de intercambiarse la ropa en los aseos para confundir al personal.

Julio, Carmen, Dani, Estela, Sergio, Rober y Silvia: Amigos del círculo íntimo de Elisa. Carmen, en particular, es su confidente más cercano, cómplice en cotilleos y defensora en batallas sentimentales.

Olegario Sanromán: Pianista jubilado de la Orquesta Filarmónica, ahora afinador a domicilio. A sus 72 años, posee un oído prodigioso y unas manos que devuelven el alma a cualquier piano desafinado. Su interpretación de la Marcha Radetzky es legendaria en el barrio.